

“EL IMPULSO DE LA CRISIS PARA EL PUEBLO DE DIOS EN SALIDA”

¿Quién nos iba a decir allá por el domingo 16 de febrero, cuando estábamos clausurando el Congreso Nacional de Laicos, que casi tres meses después habríamos vivido lo que nos ha traído esta pandemia? Muy probablemente nos encontramos ante lo que puede ser la gran “crisis” de nuestra generación.

Una de las acepciones del término “crisis” es la siguiente: “Interrupción grave en el estilo de vida normal de un individuo o de un grupo, que se suscita con una situación inesperada para la cual éstos no se hallan preparados y que genera problemas para los que las respuestas habituales no son adecuadas. Una crisis requiere el desarrollo de nuevas formas de pensamiento y acción”.

Creo que se ajusta perfectamente al tiempo que nos toca vivir. Si queremos encontrar la luz de la fe para esta situación, volvemos siempre a la Sagrada Escritura. Ahí, encontramos que, en el lenguaje bíblico, la “crisis”, que es un término griego, es una acción que pone ante el juicio de Dios en la historia, que invita a la conversión. Así aparece en los oráculos de Isaías (48,10), o en las cartas de san Pablo a los Corintios (1Cor. 11, 31-32¹). Se trata de crisis que revelan la verdad o la falsedad de los planteamientos del corazón del hombre, que hacen emerger con autenticidad los designios de Dios. En algunos casos, se revelan como una corrección que brota del amor paterno de Dios: “Te voy a probar, y no como se prueba la plata, sino que te voy a probar en crisol” (Is. 48, 10) (que comparte la raíz de crisis). El crisol es el recipiente donde se derrite el oro; cuando a éste se le pasa por el fuego, afloran las impurezas que suben y abajo queda el oro purificado. Algo así ocurre con el corazón del hombre en estos tiempos. Hemos visto en estos días, y seguro que veremos en el tiempo que viene, decantarse los corazones. En la crisis hay una especie de verificación de lo esencial.

El segundo aspecto, que concurre en la crisis bíblica es la oportunidad de crecimiento. (En el vocabulario de teología bíblica que consultado, precisamente, “Crisis” ocupa el lugar alfabético entre “crecimiento” y “cruz”). Recuerdo que, en la ponencia final del congreso, se aludía como imagen al “resto de Israel” que, tras el exilio de Babilonia -una de las grandes crisis de la historia de la salvación- era modelo del pueblo de Dios renovado. Tras el exilio, se produce la más grande eclosión de la vida del judaísmo: la mayoría de los libros bíblicos toman su forma final en el tiempo que sigue a esa gran prueba que duró casi cincuenta años. Renace la relación del pueblo con Yahvé, se ponen los fundamentos de la vida del pueblo renacido, comienzan el período de su historia

¹ ³¹ εἰ δὲ ἑαυτοὺς διεκρίνομεν, οὐκ ἂν ἐκρινόμεθα ³² κρινόμενοι δὲ ὑπὸ κυρίου παιδευόμεθα, ἵνα μὴ σὺν τῷ κόσμῳ κατακριθῶμεν

más fecundo... Para ello, fue crucial sostener la esperanza del pueblo de Dios. En estos días, que miramos tanto a China, curiosamente, dicen que los caracteres chinos para la palabra crisis están formados por dos símbolos: el de desesperación, y el de oportunidad.

También el Pueblo de Dios que camina en nuestro tiempo, (sinodal significa eso precisamente: camino conjunto), afronta una de las crisis que, seguramente, marcarán nuestra generación. Una crisis que junto al sufrimiento y la muerte de muchos de los nuestros, ha hecho emerger también ciertas tensiones, conflictos ocultos, a la vez que es el contexto inmediato que la Providencia nos pone delante para aprovechar, sacando los mayores bienes posibles de esta situación, que seguramente no serán pocos.

En eso es en lo que me quería parar fundamentalmente en esta intervención. En las oportunidades que nos ofrece esta situación. Los “impulsos” que puede dar este contexto a los grandes itinerarios con que está transcurriendo nuestro camino sinodal. Para ello, me detendré en esas 4 grandes propuestas que están vertebrando nuestra reflexión como Pueblo de Dios que camina como Iglesia en España. ¿En qué sentido la crisis puede avivar el primer anuncio, las propuestas de acompañamiento, los procesos formativos y nuestra misma presencia en la vida pública? ¿Qué semillas estamos llamados a plantar en este tiempo, para a su debido tiempo, cosechar?

1. PRIMER ANUNCIO

Probablemente, una de las cosas que nos ha traído este tiempo es una ocasión para el anuncio precisamente.

El ritmo ordinario de nuestros días, con una saturación de información evidente, ha dejado paso a un mayor silencio. Es cierto que no en todos los casos, porque cabía también la conexión zombi a los maratones de series y el bombardeo de whatsapps y feeds sin límite de las redes sociales... Pero, como posibilidad real, está ahí. El silencio.

A ese silencio se unen ciertas experiencias de la contingencia del ser humano que nos ponen al borde de los que los teólogos llamaban “preámbulos de la fe”. Hemos palpado nuestros límites. Que esas moléculas que no llegan a seres vivos, como los virus, hayan puesto contra las cuerdas a toda la población mundial, es un hecho insólito que amenaza el ansia de autonomía y control que ha movido el espíritu de toda una época.

Es cierto que hemos llegado a ello cruzando ciertas fronteras. A todas luces, lo que nos cuentan de los mercados chinos, donde viven animales en condiciones terribles, y se preparan cócteles peligrosos tras pisar ecosistemas desconocidos, supone una de esas irresponsabilidades y abusos que denunciaba

el Papa Francisco en “Laudato Si” como transgresiones que nos iban a pasar factura.

En este sentido, el desorden genera en el ser humano la nostalgia del orden perdido. Y aquí es donde nos encontramos con uno de esos “preámbulos de la fe” que preparan el primer anuncio. Reclamábamos una “re-educación del sentido metafísico”, la capacidad de trascender el orden puramente experimental y la posibilidad de reconocer el Absoluto de Dios. A ello ayuda siempre favorecer el contacto con la naturaleza creada, reflexionar sobre la propia contingencia, sobre la gratuidad de la vida y sobre el carácter de “don” del universo físico y sus leyes. Escuchar interiormente la propia conciencia, como indicaba san Agustín respecto del Maestro interior, ayudando a interiorizar experiencia y eventos, sabiendo captar la trascendencia del propio ánimo inmaterial respecto de la naturaleza y las cosas. O ayudar a reconocer la verdad de la propia libertad, las consecuencias buenas o malas de los propios actos. La situación actual nos ha empujado nuestros propios “preámbulos de la fe”.

La Teología, ha descrito desde siempre una zona de contacto entre la razón y la fe, que hoy en día se torna de especial relevancia. Se han llamado “preámbulos de la fe” a toda una serie de verdades que, aun pudiendo ser alcanzadas por las fuerzas de la sola razón, han sido también reveladas para que sean fácilmente alcanzadas por todos, y constituyen una especie de puente entre el orden natural y el sobrenatural, entre la cultura y el evangelio. De alguna manera, hoy estos “preámbulos de la fe” son extensibles a todas las condiciones que llevan al ser humano a promover una “antropología adecuada”, capaz de abrirlo a la plenitud con que su dimensión trascendente viene plenificada en el encuentro con Cristo, revelador y salvador del hombre.

Muchas circunstancias de la vida pueden colocarnos en actitud de escuchar ese anuncio. No debemos olvidar que, aun en medio de una cultura que parecía satisfacer todas las necesidades del hombre, y por tanto, anestesiaba las preguntas más profundas, aun en medio de esa situación, Dios sigue ofreciendo el don de la fe a TODOS, la posibilidad de que, a lo largo de la vida se Le encuentre. En unas ocasiones, la apertura viene en una situación dramática, la muerte de un ser querido, una época difícil... en otras a través de una experiencia luminosa o un encuentro inesperado.

Lo cierto es que, como venimos pidiendo desde el Congreso, a esa situación debe acompañar un anuncio. “¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin que se les predique?” (Rm. 10, 14).

No podemos dejar de anunciar a Jesucristo, vencedor del mal y de la muerte, en este tiempo.

A este respecto, los médicos del hospital donde he podido ejercer el ministerio en estos días, me han dado alguna lección. A veces, los clérigos

estamos demasiado cargados de respetos humanos. Desde el momento en que, por las dificultades para entrar en las habitaciones con covid positivos, pensamos en instituir ministros extraordinarios de la comunión a algunos médicos del hospital, he sido testigo de un impulso del Espíritu evangelizador asombroso. Venían a recibir la comunión, y nos hacían sentir que la medicina más alta es la que llevábamos en Jesucristo, médico y medicina espiritual. Han sido ellos mismos los que han preguntado a todos, enfermos y familiares, si necesitaban la atención del capellán o la ayuda de los sacramentos. Han preparado un circuito para que llegue una carta nuestra a todos, y me han dado un ejemplo de “parresía” (esa audacia de la que hablan los Hechos de los Apóstoles) que me ha hecho reflexionar. Sobre dos cosas: sobre el valor que tiene la gracia de Jesucristo, y que he percibido especialmente en las lágrimas de los pacientes que llevaban días sin comulgar, en el alivio de los moribundos cuando se les iba la vida de las manos y podían ponerse en paz con Dios... Y en la ilusión de los médicos y sus familias cuando se les permitía convertirse en los primeros evangelizadores de sus enfermos o recibir la comunión en sus casas.

En segundo lugar, ha sido muy patente la constatación del efecto paralizador del miedo. Si. El mismo Papa Francisco, en aquella bendición *Urbi et Orbi* sobrecogedora en la plaza de san Pedro vacía y bañada por la lluvia, puso delante de nuestros ojos la imagen de la tempestad en la barca calmada por las palabras de Jesús: ¡No tengáis miedo! Palabras estas (*Μὴ φοβοῦ*), que son las más repetidas por Dios a lo largo de toda la Sagrada Escritura. Una cosa es sentir miedo, que es normal y hasta adaptativo, y otra cosa dejarse llevar por él hasta paralizarse.

Una de las situaciones más dolorosas que he vivido en estas semanas es la de una familia, a la que cuando su ser querido estaba a punto de morir, se le dio la posibilidad de acercarse a despedirse de él, con las debidas protecciones. La familia declinó la ocasión, porque, dijeron: “se podían contagiar”. Sin juzgar a las personas, porque es cierto que los miedos tienen mucho de irracional, hasta el punto de poder anular la imputabilidad de algunas acciones, esta situación unida a otras cuantas, me ha llevado a la convicción de que hay un virus peor que el covid, que es el virus del miedo. Siempre hemos dicho que el amor vence al temor. Lo hemos visto también en multitud de casos. Y creo que es clave para el tiempo que viene. El amor vence al temor. El amor es el impulso fundamental en la vida del ser humano, su pasión dominante. “Amor meus, pondus meus”, decía san Agustín, mi amor es mi peso: en el doble sentido de mi valor, y mi punto de gravedad. Donde está mi tesoro, allí está mi corazón. Y lo que amo será lo que me movilice. También en la evangelización y en la reconstrucción social que estamos a punto de tener que abordar.

2. ACOMPAÑAMIENTO

Al inicio de todo esto, recuerdo leer una interpelación que me movió mucho: Si no estamos con ellos en estos momentos, ¿van a volver después? Digo esto porque, más allá de lo que entendemos técnicamente por acompañamiento, podríamos decir que la misión de la Iglesia en este tiempo pasa por acompañar. Acompañar aquello que decía el Concilio Vaticano II en el proemio de su constitución pastoral “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren” (GS 1).

San Cipriano de Cartago tuvo que afrontar una peste de tifus que duró más de 20 años en el sur del imperio romano. Su obra “De mortalitate” (252) es un canto a la esperanza más alta de la vida eterna, pero también una descripción de cómo vivió la Iglesia aquel momento. Aquella Iglesia a la que él mismo se acercó por el fulgor de un amor fraterno del que no había tenido experiencia fuera. Dice así: “la peste revela la virtud de cada uno y examina el modo de actuar de todos, para ver si los que están sanos atienden a los enfermos; si los parientes aman afectuosamente a los suyos; si los amos se compadecen de sus sirvientes enfermos; si los médicos no abandonan a sus pacientes suplicantes; si los violentos reprimen su violencia...”.

El historiador Kyle Harper afirma que el período de la peste casi supuso el fin del Imperio Romano. Señala que, entre el año 248 y 268, «... la historia de Roma es un confuso lío de violentos fracasos. La integridad estructural de la máquina imperial se disgregó. El sistema de fronteras se hundió. La caída de la legitimidad invitó al trono a un usurpador tras otro. El imperio se fragmentó y sólo el éxito dramático de emperadores posteriores, volviendo a juntar las piezas, evitó que este momento fuera el acto final de la historia imperial romana”².

En esa crisis, el impulso de la Iglesia fue sobre todo un ejercicio de caridad. La caridad se verifica especialmente en el momento de la prueba. Amor y sufrimiento tienen una alianza misteriosa que, en nuestra condición humana actual, nos hace entender el amor hasta el extremo. No en vano la redención de Jesucristo se ha llevado a cabo en la Cruz. No es que nos haya salvado el sufrimiento de Cristo, lo ha hecho su amor. Pero una caridad especialmente elocuente. Decía Pascal que “desde que Jesucristo ha padecido y ha muerto, ya nadie sufre ni muere solo”. Y a esto ayuda especialmente su cuerpo, que es la Iglesia.

Hemos sido testigos de cómo en estas semanas se ha multiplicado la demanda y las propuestas para atender la soledad y el desconsuelo. Una de las muchas iniciativas en que se ha verificado la respuesta de la Iglesia. Seguramente

² Kyle Harper (2017). «Chapter 4: The Old Age of the World». *The Fate of Rome: Climate, Disease, and the End of an Empire*. Princeton University Press.

que ese acompañamiento personal se hace especialmente necesario en el tiempo que llega. Habrá que prestar mucha atención al “duelo patológico”, para el que el reconocimiento de los errores, el perdón o la despedida personal y colectiva son pasos necesarios. A ello ayudará la liturgia de la Iglesia, pero también la cercanía personal y el acompañamiento más especializado.

3. LOS PROCESOS FORMATIVOS

También desde la experiencia, hemos constatado que en estos días se abrían nuevas oportunidades para la formación. Probablemente, en nuestros Institutos Teológico y de Ciencias Religiosas, hemos organizado las conferencias más multitudinarias de toda nuestra historia. Hubiera sido imposible reunir a más de quinientas personas en nuestro salón de actos, lo que si que hemos hecho a través de las videoconferencias por Zoom.

Probablemente la mayor disponibilidad de tiempo, pero seguramente también, la mayor inquietud y el florecer de ciertas preguntas, están a la base. En el ámbito de los procesos formativos, creo que nuestra reflexión se debe centrar en la ambivalencia de los espacios virtuales o digitales.

Llevábamos mucho tiempo diciendo que el continente digital era el gran reto para la evangelización. En cuanto a los contenidos, pero también como medio de encuentro. En estos días nos hemos visto empujados a asaltarlos. Misas, clases, reuniones... Esto por hablar de lo bueno. Pero también nos consta la proliferación de los contenidos perniciosos (pornografía, juego...) a la que nuestras generaciones más jóvenes han estado especialmente expuestas y que han hecho repuntar las adicciones sin producir los frutos esperados.

Obviamente, tenemos una tarea cultural para encauzar todo ese potencial. Usar y no abusar, que la tecnología sea instrumento y no dominadora, que se potencien los buenos contenidos y la seguridad. Con todo, no podemos ignorar el salto que hemos vivido, y después de todo este tiempo hay que conservar las conquistas realizadas.

Me inclino a pensar que, en adelante, convivirán más con nosotros todas estas plataformas. Y habrá que saber armonizar sus aportaciones con el plus insustituible que constituye lo humano de nuestra formación. Sabemos que la misma Tradición de la Iglesia es un fenómeno vital, que su doctrina no se ha comunicado con una mera entrega de contenidos, un reservorio informativo. Sino que, como dice Dei Verbum, “la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree” (DV 8). Esa tradición viva implica la comunión personal, la presencialidad de la “carne” (“cardo salutis” diría Tertuliano).

El mismo Papa Francisco nos advertía hace algunas semanas en su homilía diaria, del peligro de “viralizar” la fe. En el sentido de no sustituir el contacto humano y lo presencial de forma permanente.

A este respecto, me quedo con dos recuerdos de estos últimos días. El primero ligado a una iniciativa que tuvo un seminarista de nuestra diócesis, la de crear una web en la que se recogiesen todas las emisiones de celebraciones o sesiones formativas en un solo portal. Misaencasa.com la llamamos, y ha crecido con bastante éxito. Recuerdo que los primeros días, cuando le entrevistaban los medios, le advertía: pero tú deja claro que nada sustituye a la participación viva en la Misa, y sobre todo, a la comunión sacramental. Por si hay quien piensa que después de todo esto ya será suficiente con ver la misa desde el sillón a la hora que me venga bien y en la parroquia que me apetezca más... En la vuelta a la “normalidad”, seguro que muchas de estas parroquias y sacerdotes nos seguirán ofreciendo lo que ha sido una conquista para todos, esos recursos en la red. Pero nada sustituirá la presencia viva. Así es en los sacramentos. Pío XII, en su tiempo, admitió que los sacramentales como las bendiciones se pudieran dar a través de los medios de comunicación. Pero no vale para los sacramentos. El persona a persona, corazón a corazón está en el centro del evangelio, en los gestos mismos de Jesucristo.

Y, en ese sentido, la otra experiencia de estos días es la de la enseñanza a distancia. Me ha preocupado bastante que en nuestros centros hubiese profesores que consideraban que la clase se podía suplir con la lectura del manual. No digo en casos de dificultades con la tecnología, sino en aquellos casos en que, efectivamente, daba igual estar en clase leyendo los apuntes que en casa haciéndolo más veloz y eficientemente. Habrá que preguntarnos: qué aporta ese vínculo interpersonal a nuestros procesos formativos. Y cómo se puede potenciar ese hecho, el “*proprium*” de nuestro modo de educar y formarnos. Yo añadiría que, en tiempos de retorno a lo esencial, hay que recordar el aforismo latino que dice: “*non multa, sed multum*”. No multiplicar en exceso las iniciativas, sino diagnosticar cuáles son las grandes necesidades.

Como cristianos deberíamos ver esta pandemia como una oportunidad para aprender más sobre Dios. ¿Qué significa que haya permitido esta situación? ¿Cómo encajar que nuestros recursos se hayan encontrado con la humillación de sus límites? Nuestras poderosas economías se han debilitado de pronto, nuestro futuro es más incierto. Obispos y sacerdotes se confrontan con una nueva obligación de buscar más interioridad frente al activismo en la medida en que su ministerio sacramental se ha hecho menos potente. Los laicos han tenido que buscar a Dios más allá de los sacramentos, en su propia vida interior, descubriendo nuevos caminos para estar agradecidos por lo que tienen más que quejarse por los que les falta. Deberíamos pensar que todo esto nos dice algo sobre nosotros mismos, sobre la justicia y la misericordia de Dios. Pero si

buscamos simplemente atravesar esta situación en una apresurada expectativa de volver a la normalidad, quizá nos estamos perdiendo algo del punto fundamental de este ejercicio. Quizá, junto al retorno a la vida sacramental más o menos ordinaria, deberíamos pensar también en cómo comunicar la esperanza cristiana y la amistad humana y la compasión a las personas que sufren. Con nuestras palabras y con nuestros gestos, individual y colectivamente. La vida del corazón es tan real como la vida de la mente, y en el momento actual, dure lo que dure, la caridad es en sí misma la más básica actividad profética. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn. 13, 35).

4. PRESENCIA EN LA VIDA PÚBLICA

Creo que, en términos generales, a pesar de que algunos medios se empeñan en poner el foco en situaciones anecdóticas, los cristianos hemos dado un ejemplo de respuesta cívica en esta situación. Nuestra perspectiva sobre el bien común y la solidaridad se han alineado con la petición pública de cuarentena temporal. Es cierto que los cristianos pueden y deben ser cautos con los regímenes políticos que ignoran las obligaciones de la ley moral natural o traspasan los límites de la libertad religiosa. Pero también debemos estar en guardia contra el individualismo exagerado o el narcisismo religioso.

Permitidme un pequeño paréntesis que, más que mirar hacia delante, glose algo que hemos vivido en estos días de atrás. Se trata de la actitud ante la suspensión del culto público en muchas diócesis. Críticas de unos y otros, o porque no se hizo a tiempo o porque no habría que haberlo hecho. Una palabra a este respecto creo que es pertinente.

La suspensión pública del culto no es una novedad absoluta, ni hay señal de que provenga de la influencia de una mentalidad secularista. San Carlos Borromeo, que ha sido aludido mucho en estos días, cerró las iglesias de Milán entre 1576 y 1577, durante casi dos años. Buscó intersecciones de calles donde la gente pudiera ver la misa desde sus ventanas, pero no hubo comuniones, pues en este tiempo todavía era bastante más infrecuente su distribución. En contraste, durante la gripe de 1918, algunos protestantes americanos se negaron a cerrar las iglesias basados en la premisa de su superioridad espiritual, diciendo que si fuésemos suficientemente creyentes, las reuniones no se verían afectadas por la enfermedad. Reemplazando lo natural por un reclamo de un milagro permanente. Hubo un contagio masivo. El sentido común y la razón daban paso así a una vana pretensión espiritual.

No creo que sea ético atribuir a los pastores de la Iglesia una actitud de cobardía egoísta. En primer lugar, porque para todo ser humano es legítimo, incluso deber de ley natural, hacer lo posible por no poner en riesgo su vida. La

práctica de la virtud heroica, especialmente loable y conveniente en sacerdotes y religiosos, tiene que ser razonablemente prudente. Una cosa es santificarse y otra cosa es hacer un montón de mártires forzosos por el camino. En este caso, se ha revelado otro aspecto importante de la condición humana que estaba bastante eclipsado: la solidaridad de nuestras acciones.

Hemos comprobado como nunca los lazos que nos unen, y, a su vez, revelan la falacia del individualismo. La responsabilidad social que empujaba buscar más que el no contagiarme, el no contagiar, es muy reveladora de la solidaridad del género humano, punto de gravedad de la responsabilidad social.

En este sentido, la sinodalidad del Pueblo de Dios tiene su punto de apoyo en la solidaridad que une a todo el género humano. Lo sobrenatural se apoya sobre lo natural: lo cura, lo perfecciona y lo eleva.

En este contexto, el movimiento un tanto instintivo de ciertos comentarios y movimientos críticos, además de fomentar la división entre sacerdotes, obispos y laicos, creo que se revela como espiritualmente corrosivo.

El sentido de la co-responsabilidad que surgía del Congreso especialmente en esa búsqueda de la sinodalidad pasa también por la mutua confianza. Una colaboración que nace de la humildad de todos y la disponibilidad para aportar desde nuestros respectivos ámbitos de competencia.

Lo bueno es que ahora, hasta los sociólogos señalan que “vamos a dejar mucho individualismo atrás”. Y esta crisis seguro que forma parte de nuestro fortalecimiento como personas y como generación.

En este tiempo, movidos por la fe en muchos casos, hemos asistido a la aparición de muchos “héroes anónimos”. En nuestra diócesis ha habido una iniciativa para visibilizarlos, unos videos de dos minutos que llevaban por título “Corazones entregados”. Médicos, enfermeros, policías, profesores, políticos, comerciantes... gente que estaba en primera línea. Pero la tarea de la reconstrucción es de todos. Todos somos actores, todos sumamos. Los que se han quedado en casa, los que estaban en el frente, lo que seguían garantizando la educación de las nuevas generaciones, los que protegen a nuestros mayores (por cierto: uno de los grandes tesoros que tenemos que volver a descubrir).

En estos días, muchos han citado como ejemplo de análisis social una novela de Albert Camus. ¿Qué nos enseñó “La Peste” de Camus? Que las peores epidemias no son biológicas, sino morales. En las situaciones de crisis, sale a luz lo peor de la sociedad: insolidaridad, egoísmo, inmadurez, irracionalidad. Pero también emerge lo mejor. Siempre hay justos que sacrifican su bienestar para cuidar a los demás. Publicada en 1947, La peste intenta ser una respuesta al dolor desatado por la Segunda Guerra Mundial. Ambientada en Orán, narra los estragos de una epidemia que causa centenares de muertes a diario. La propagación imparable de la enfermedad empujará a las autoridades a imponer un severo aislamiento. Todo comienza un dieciséis de abril. En esas

fechas, Orán es una ciudad con una vida frenética. Casi nadie repara en las existencias ajenas. Sus habitantes carecen de sentido de la comunidad. No son ciudadanos, sino individuos que escatiman horas al sueño para acumular bienes. La prosperidad material siempre parece una meta más razonable que la búsqueda de la excelencia moral.

Camus piensa que no existe Dios, que la fe es una expresión de impotencia, pero opina que el escepticismo no nos ha hecho más libres. Solo nos ha dejado más desamparados. La capacidad de sacrificio del doctor Rieux, protagonista de *La peste*, pone de manifiesto que atribuimos una importancia excesiva a nuestro yo. La grandeza del ser humano reside en su capacidad de amar, no en su ambición personal. No hay nada hermoso en el dolor, pero indudablemente nos abre los ojos y nos obliga a pensar. Camus admite que, sin la perspectiva de lo sobrenatural, todas las victorias del hombre son provisionales. La victoria definitiva y total corresponde a la muerte.

Por eso, nos podemos fijar en otra obra grande de la historia de la literatura: “*La Ciudad de Dios*” de San Agustín. Este doctor de la Iglesia escribió su famosa obra en un tiempo de catástrofe, de fin de una civilización. Él mismo murió durante el asedio de los vándalos a Hipona, lo que presagiaba el final del imperio occidental. Y en medio del ocaso de aquella civilización, escribía aquello de: “dos amores fundaron dos ciudades: la terrena el amor propio hasta llegar a menospreciar a Dios, la celestial el amor a Dios hasta llegar a posponer el propio yo”. Y eso sigue siendo válido siempre para seguir construyendo el reino de Dios.

La Iglesia debe velar para que la reconstrucción se haga sobre la base de la dignidad inviolable de la persona humana. Es una prioridad máxima esa atención integral: no solo material, sino también espiritual.

La tentación de los análisis puede quedarse en la lectura de grandes números. Miles de muertos, puntos del PIB que se pierden... Pero es la tentación de la mercantilización que aboca a la plutocracia, al gobierno del dinero.

El evangelio propone otro camino: el de la mirada cercana. Chesterton decía que en el evangelio había descubierto uno de los lemas de su vida: que “lo pequeño es hermoso”. Cada persona, especialmente las que menos cuentan, son dignas de nuestra atención. El “prójimo” que está al lado, es el rostro del “a mi me lo hicisteis”. Acercar el foco es el camino de la Iglesia, no perderse en las cifras. En la Sagrada Escritura, además, los recuentos, los censos de David son severamente reprendidos por Yahvé. Signo de que no somos números. Cada persona es única e irrepetible, un acto único de la creación omnipotente de Dios, llamada a la amistad con Él.

En ese sentido, y como comunidad, no hay que perder de vista lo concreto. De ahí que no podamos sugerir cómo se capilarizará esa presencia de la Iglesia en el tiempo que viene. Se hará a la luz de la fe y si nos dejamos mover

por el Espíritu Santo en este renovado Pentecostés que invocábamos al final de nuestro congreso de febrero, discerniremos unas nuevas prioridades que se nos plantean.

En todo caso, permitidme para terminar, que sugiera más que tareas concretas, tres actitudes que creo que serán imprescindibles en lo que está por llegar:

- a) Paciencia. La hemos ejercitado todos durante el confinamiento. Pero será imprescindible en adelante. Hace poco, leíamos en el oficio de lectura un fragmento del Apocalipsis, libro que se lee en Pascua precisamente, que me sonó a nuevo por actual. Está dentro del relato de las plagas de los cuatro jinetes del apocalipsis. Y dice así: “En la visión vi así a los caballos y a sus jinetes: llevaban corazas de fuego, jacinto y azufre; las cabezas de los caballos parecían cabezas de león, y por la boca echaban fuego, humo y azufre. Estas tres plagas, es decir, el fuego, el humo y el azufre que echan por la boca, mataron a la tercera parte de la humanidad. El resto de los hombres, los que no murieron por estas plagas, tampoco se arrepintieron: no renunciaron a las obras de sus manos, ni dejaron de rendir homenaje a los demonios y a los ídolos de oro y plata, bronce, piedra y madera, que no ven ni oyen ni andan. No se arrepintieron tampoco de sus homicidios ni de sus maleficios ni de su lujuria ni de sus robos” (Ap. 9, 17-21). Está escrito: seguramente no vivamos una conversión masiva después de esta pandemia. Habrá que tener paciencia. Las imágenes que utiliza Jesús en el evangelio para hablar del crecimiento del Reino de Dios son casi siempre del mundo vegetal: una semilla, una planta... El que la observa de un día para otro no nota su crecimiento. Un padre espiritual siempre recomendaba mucha paciencia a los que se dedican a la educación. Pero creo que se puede extender a todos los que hemos sido llamados a la evangelización: paciencia siempre, amor en todo.

- b) Confianza. En Dios y en los hombres. La vamos a necesitar. Ya anuncian los sociólogos que se va a producir un cambio, con un cuestionamiento muy serio -como en las dos guerras mundiales- del papel de los líderes políticos en el servicio público. Probablemente nos venga bien. En Sanidad no han fallado los fondos necesarios ni el personal, ha fallado la previsión. Pero cuidado, porque las crisis son también caldos de cultivo para producir un desorden mayor. En estos momentos se pone en crisis sobre todo la confianza. Necesitamos saber en quien podemos confiar. Y esto es una tarea bidireccional. No basta pedir confianza ciega, hay que poder suscitarla desde el testimonio, el análisis profundo y las propuestas realistas. Habrá quien quiera utilizar todo esto para el mal. Venimos

asistiendo desde hace mucho a una sibilina introducción de la ingeniería social que camufla tendencias autoritarias. Intentar hacernos de “plastilina” para ser más moldeables, debilitar las instituciones que dan certezas y convicciones a las personas. En nuestro tiempo da un poco igual que vengan de sensibilidades más socialistas que de otras más capitalistas. En todas ellas hay una tendencia al control que adopta estrategias como el transhumanismo o la instrumentalización tecnológica. Recuperar la confianza, pero la confianza que parte de la propuesta del Bien y la Verdad con mayúsculas. (Os recomiendo también para estos días una distopía muy iluminadora en una película que podéis encontrar en Netflix, y puede ocasionar una tertulia muy interesante en vuestras casas, grupos, o comunidades de amigos: “El dador de recuerdos”, es de 2014 y está basada en un libro de 1993, pero parece hoy más actual que nunca. No os avanzo más. No por los spoilers, sino porque no hay tiempo para más).

- c) El Espíritu de Iglesia Doméstica: que no se pierda lo que hemos experimentado estos días. La Iglesia vivió sus primeros momentos en las casas. Y en este tiempo hemos vivido lo que significa responsabilizarse de la oración y la formación en familia. Es la estructura más potente y la que está llamada a dar forma a la vida de la Iglesia también. Uno de los estudios más interesantes del entonces profesor Ratzinger, Benedicto XVI, fue su tesis sobre “La Iglesia como Casa y Familia de Dios en san Agustín”. La trama de relaciones paternas, filiales, fraternales, deberían ser ejemplo para nuestras comunidades. Ser más familia. Desde ahí es mucho más fácil irradiar la luz del evangelio a nuestro mundo. Comunión genera Misión y viceversa. Lo haremos así, con el estilo de Jesucristo: como levadura en la masa. Como corderos en medio de lobos. A nosotros nos sale ser masa con masa, o lobos cuando encontramos lobos. Pero la paciencia y la confianza que nos da la experiencia fundante de la familia de la Iglesia nos deberían lanzar a ofrecer al mundo la sal y la luz que está necesitando: el evangelio que es Jesucristo.

Termino con una de las frases que más resonó en nuestro Congreso, y que seguramente más necesitemos escuchar hoy, que más se ha revelado como déficit de nuestro anuncio: “Sigamos adelante. No estamos construyendo para hoy, ni trabajando para mañana. Estamos forjando un camino para la eternidad”. Muchas gracias.

Carlos Loriente García
Instituto Teológico “San Ildefonso” de Toledo